

MÁS DE UN MILLÓN DE EJEMPLARES VENDIDOS



LO
ÚLTIMO
QUE
ME
DIJO

TODOS TENEMOS
HISTORIAS QUE
NUNCA CONTAMOS

«LA MEJOR
NOVELA DE
SUSPENSE
DEL AÑO.»

REESE WITHERSPOON

LAURA DAVE

Lo último que me dijo

Laura Dave

Traducción de Ana Duque de Vega

Rocaeditorial

(vamos dijo él
no muy lejos dijo ella
qué es muy lejos dijo él
donde estás tú dijo ella)

E. E. CUMMINGS

Prólogo

Owen solía tomarme el pelo diciendo que lo perdía todo, que había convertido el hecho de perder cosas en una expresión artística, de una forma muy personal. Gafas de sol, llaves, manoplas, gorras de béisbol, sellos, cámaras, móviles, botellas de refrescos de cola, bolis, cordones de zapatos. Calcetines. Bombillas. Cubiteras. No se equivoca del todo. En efecto, solía tener la tendencia de cambiar las cosas de sitio. De distraerme. De olvidar.

11

En nuestra segunda cita perdí el resguardo del aparcamiento donde dejamos los coches durante la cena. Habíamos acudido cada uno en el suyo. Owen hacía bromas al respecto, le encantaba reírse de mi insistencia en conducir mi propio vehículo a esa segunda cita. Incluso en nuestra noche de bodas hizo un chiste sobre eso. Y yo sobre cómo me interrogó aquella noche, con un sinfín de preguntas acerca de mi pasado, los hombres a los que había dejado y los que me habían dejado a mí.

Decidió llamarlos «los chicos con los que habría podido funcionar». Alzó la copa para brindar por ellos y dijo que, dondequiera que estuvieran, les estaba agradecido por no haber sido lo que yo necesitaba, y así poder ser él quien ahora estaba sentado frente a mí.

—Apenas me conoces —dije.

Él sonrió.

—Pero no tengo esa sensación, ¿y tú?

Estaba en lo cierto. Era abrumador sentir aquello que parecía cobrar vida entre nosotros, desde el primer momento. Me gusta pensar que esa es la razón por la que estaba distraída. Por la que perdí el resguardo del aparcamiento.

Habíamos aparcado en el garaje del Ritz-Carlton en el centro de San Francisco. Y el encargado me gritó que le daba igual que insistiera en que solo había dejado el coche allí mientras cenábamos.

La tarifa en caso de haber perdido el tique eran cien dólares.

—Podía haber dejado el coche aquí durante unas cuantas semanas —dijo el encargado.

—¿Cómo sé que no está intentando engañarme?

—Cien dólares más impuestos por cada tique perdido. Lea el letrero.

Cien dólares más impuestos para poder irme a casa.

12 —¿Estás segura de que lo has perdido? —me preguntó Owen. Pero al mismo tiempo sonreía, como si esa fuera la mejor noticia sobre mí de toda esa noche.

Estaba segura. Busqué en cada rincón de mi Volvo de alquiler y del elegante deportivo de Owen (aunque nunca hubiera estado en su interior), así como por todo el suelo gris del garaje, lo cual suponía una misión imposible. Ningún tique. Por ninguna parte.

La semana después de que Owen desapareciera, soñé con él, de pie en medio de aquel garaje. Llevaba el mismo traje que aquella noche, la misma sonrisa encantadora. En el sueño se quitaba el anillo de casado.

«Mira, Hannah —decía—, ahora me has perdido a mí también.»

PARTE 1

Tengo poca paciencia con científicos que toman un tablero de madera, buscan su parte más delgada y taladran un gran número de agujeros donde taladrar resulta más fácil.

ALBERT EINSTEIN

Si abres la puerta a un extraño...

Sale todo el tiempo en televisión. Alguien llama a la puerta. Y al otro lado alguien espera para darte una noticia que lo cambiará todo. En la televisión suele tratarse de un agente de policía o un bombero, o tal vez un oficial uniformado de las fuerzas armadas. Pero cuando abro la puerta, cuando me entero de que todo está a punto de cambiar en mi vida, el mensajero no es un policía ni un investigador federal con pantalones almidonados. Es una niña de doce años, que lleva un uniforme de fútbol. Con espinilleras y todo.

15

—¿La señora Michaels? —pregunta.

Tengo un momento de vacilación antes de contestar, como suele pasarme cuando alguien me pregunta si ese es mi nombre. Lo es y no lo es. No me lo he cambiado. Durante los treinta y ocho años antes de conocer a Owen era Hannah Hall, y no veía ninguna razón para convertirme en otra persona después. Pero Owen y yo nos casamos hace poco más de un año. Y durante todo ese tiempo he aprendido a no corregir a cualquiera que me llame de un modo o de otro. Porque lo que realmente quieren saber es si soy la mujer de Owen.

Seguramente es eso lo que quiere saber la niña de doce años, lo cual me lleva a explicar cómo puedo estar tan segura de que tiene doce años, tras haber pasado casi toda mi vida clasificando a las personas en dos amplias categorías: niños y adultos. Esta es una de las consecuencias del último año y medio, el

resultado de haber conocido a la hija de mi marido, Bailey, a la sorprendentemente poco apetecible edad de dieciséis años. También es el resultado de mi equivocación, cuando conocí por primera vez a la recelosa Bailey, al decirle que parecía más joven de lo que era. Fue lo peor que podía haber hecho.

O tal vez fue la segunda cosa peor. Probablemente lo peor fue mi intento de arreglarlo haciendo un chiste sobre cuánto desearía que alguien me quitara años. Desde entonces Bailey apenas me soporta, aunque ahora sé de sobra que no se debe intentar hacer ningún chiste de ninguna clase con una adolescente de dieciséis años. En realidad, no se debe intentar hablar demasiado de nada.

Pero volvamos a mi amiguita de doce años de pie en la entrada, pasando el peso del cuerpo de una zapatilla de tacos a otra.

—El señor Michaels quiere que le dé esto —me dice.

16 Entonces alarga la mano, con un pliego de papel oficial amarillo doblado en la palma de su mano. «HANNAH», pone en el doblez delantero, donde reconozco la letra de Owen.

Cojo el papel doblado y la miro a los ojos.

—Perdona —digo—. Me parece que se me escapa algo. ¿Eres una amiga de Bailey?

—¿Quién es Bailey?

No esperaba que la respuesta fuera afirmativa. Hay un abismo entre los doce y los dieciséis años. Pero no consigo atar cabos. ¿Por qué no me llama Owen, simplemente? ¿Por qué está haciendo esta niña de intermediaria? Lo primero que se me ocurre es que le ha pasado algo a Bailey, y Owen no podía escaparse del trabajo. Pero Bailey está en casa, evitándome como siempre, con la música a todo volumen (la selección de hoy: *Beautiful, The Carole King Musical*) que desciende vibrando las escaleras, como un recordatorio en bucle de que no soy bien recibida en su cuarto.

—Perdona. Estoy un poco confusa... ¿Dónde le has visto?

—Pasó a mi lado por el vestíbulo —responde.

Por un minuto creo que se refiere a nuestro vestíbulo, el espacio justo detrás de mí. Pero eso no tiene sentido. Vivimos en una «casa flotante» en la bahía, una «casa barco», como suelen llamar a este tipo de viviendas en algunos lugares, con excepción de Sausalito, donde hay toda una comunidad. Cuatrocientas. Aquí son casas flotantes: todo cristal y vistas. La acera es el embarcadero, nuestro vestíbulo es una sala de estar.

—O sea, ¿que viste al señor Michaels en el colegio?

—Se lo acabo de decir. —Me mira como pensando: «¿Dónde si no?»—. Mi amiga Claire y yo íbamos de camino al entrenamiento. Nos pidió que le diéramos esto. Le dije que no podríamos hasta después del entrenamiento y dijo que le parecía bien. Nos dio la dirección.

Me enseña otro papel como si fuera la prueba.

—También nos dio veinte pavos —añade.

El dinero no me lo enseña. Igual piensa que se lo voy a quitar.

—Su móvil no funcionaba o algo así, y no podía llamarla. No lo sé, apenas se detuvo un momento.

—Entonces..., ¿dijo que no le iba bien el móvil?

—¿Cómo lo iba a saber si no? —contesta.

Luego suena su móvil, o eso es lo que me parece hasta que se lleva la mano a la cintura y saca lo que recuerda más bien a un busca de última tecnología. ¿Han vuelto los buscas?

Las melodías de Carole King. Buscas de última tecnología. Otra razón por la que probablemente Bailey no tiene paciencia conmigo. Hay todo un mundo de cosas de adolescentes de las que no tengo la menor idea.

La chica da unos toquecitos en la pantalla, dando por terminada la misión de los veinte dólares de Owen. Me resisto a dejar que se vaya, todavía con la incerteza de qué está pasando. Quizá se trata de una broma extraña. Tal vez a Owen le parece gracioso. A mí no. Por lo menos aún no.

—Hasta luego —dice.

Empieza a alejarse por el embarcadero. La observo mientras se va haciendo cada vez más pequeña, la puesta de sol sobre la bahía, y las primeras estrellas iluminando su camino.

Luego salgo afuera. Casi espero que Owen (mi Owen encantador y tontorrón) aparezca de un salto desde el otro lado del muelle, junto con el resto del equipo femenino de fútbol tras él, riéndose, dejándome participar en la broma que aparentemente no pillo. Pero no está allí. No hay nadie.

De modo que cierro la puerta de la entrada. Miro el papel oficial amarillo todavía doblado entre mis manos. Aún no lo he desdoblado.

Se me ocurre, en medio del silencio, que no tengo ninguna gana de hacerlo. No quiero saber lo que pone en la nota. Parte de mí sigue queriendo aferrarse a ese último momento, en el que sigo creyendo que se trata de una broma, un error, un montón de nada; el momento antes de saber con toda certeza que se ha desencadenado algo que ya no se puede detener.

18

Desdoble el papel.

La nota de Owen es breve. Una línea, su propio puzle.

«Protégela.»

Greene Street antes de ser Greene Street

Conocí a Owen hace poco más de dos años. Todavía vivía en Nueva York por aquel entonces. A casi cinco mil kilómetros de Sausalito, la pequeña ciudad de la región del Norte de California que ahora considero mi hogar. Sausalito está al otro lado del Golden Gate de San Francisco, pero a un mundo de distancia de cualquier clase de vida urbana. Tranquilo, pintoresco. Apacible. Es el lugar que Owen y Bailey consideran su hogar desde hace más de una década. Es también el polo opuesto de mi vida anterior, justo en pleno Manhattan, en un local abuhardillado en Greene Street, en el SoHo, un pequeño espacio con un alquiler astronómico que nunca creí poder permitirme realmente. Cumplía la función tanto como de taller como de sala de exposiciones.

19

Soy tornera de madera. Es con lo que me gano la vida. La gente suele hacer una mueca cuando les digo cuál es mi trabajo (por mucho que intente describirlo), visualizando en su mente las clases de carpintería del instituto. Mi trabajo es un poco parecido, y al mismo tiempo totalmente distinto. Me gusta describirlo diciendo que es como esculpir, pero, en lugar de esculpir en arcilla, yo esculpo en madera.

Empecé en la profesión de la forma más natural. Mi abuelo era tornero de madera, uno excelente, por cierto, y su trabajo fue una parte fundamental de mi vida desde que tengo uso de memoria. Él mismo fue una parte fundamental de mi vida, puesto que prácticamente me crio él solo.

Mi padre, Jack, y mi madre, Carole (que prefería que la llamase Carole), mostraron un inmenso desinterés por la crianza. Así como por cualquier otra cosa que no fuera la carrera de fotógrafo de mi padre. Mi abuelo animaba a mi madre a esforzarse por mí cuando era niña, pero casi no conocí a mi padre, que estaba de viaje por trabajo doscientos ochenta días al año. Cuando tenía algo de tiempo libre, se instalaba en el rancho de su familia en Sewanee, Tennessee, en lugar de conducir las dos horas hasta casa de mi abuelo en Franklin para pasar tiempo conmigo. Y poco después de mi sexto cumpleaños, cuando mi padre dejó a mi madre para irse con su ayudante (una mujer llamada Gwendolyn que acababa de cumplir veintiún años), mi madre también dejó de venir a casa. Se dedicó a perseguir a mi padre hasta que él volvió a estar con ella. Y entonces ella me dejó todo el tiempo con mi abuelo.

20 Suena como un melodrama, pero no lo fue. Claro está que no es ideal que desaparezca tu madre. A buen seguro no me hizo sentir bien ser la víctima de esa decisión. Pero ahora, al mirar atrás, creo que mi madre me hizo un favor yéndose de aquel modo, sin una disculpa, sin vacilación. Por lo menos lo dejó claro: no habría podido hacer nada para conseguir que deseara quedarse.

Además, la otra contrapartida de su marcha fue que yo era más feliz. Mi abuelo era una persona estable, amable, y me hacía la cena cada noche, y esperaba a que acabara de cenar antes de anunciar que era hora de levantarse de la mesa y leerme un cuento antes de irnos a dormir. Y siempre me dejaba verle trabajar.

Eso me encantaba. Empezaba con un bloque de madera increíblemente enorme, lo colocaba sobre el torno y lo convertía en algo mágico. O por lo menos, si al final no resultaba tan mágico, sabía cómo volver a empezar.

Eso era probablemente lo que más me gustaba de verle trabajar: cuando alzaba las manos al cielo y decía: «Bueno, tene-

mos que hacer esto de otra manera, ¿no crees?». Y entonces buscaba un nuevo enfoque para conseguir lo que realmente quería crear. Supongo que cualquier psicólogo que se precie diría que eso debe de ser lo que me dio esperanza: que yo debía pensar que mi abuelo me ayudaría a hacer lo mismo conmigo misma. Volver a empezar.

En todo caso, creo que me consolaba precisamente todo lo contrario. Ver trabajar a mi abuelo me enseñó que no todo surge de forma fluida. Ciertas cosas debían ser abordadas desde ángulos distintos, pero nunca había que darse por vencido. Se hacía todo el trabajo necesario, aunque no se supiera a ciencia cierta adónde conduciría ese trabajo.

Nunca esperé tener éxito como tornera de madera, ni en mi incursión en la manufactura de muebles derivada de esa actividad. Casi esperaba más bien no ser capaz de ganarme la vida con ello. Mi abuelo complementaba regularmente sus ingresos con algunos trabajos en la construcción. Pero desde un buen principio, cuando una de mis más impresionantes mesas de comedor apareció en la revista *Architectural Digest*, desarrollé un nicho de mercado entre un subgrupo de residentes del centro de Nueva York. Tal como me explicó uno de mis diseñadores de interior favoritos, lo que mis clientes querían era gastarse un montón de dinero en decorar sus casas, pero de tal forma que pareciera que no se habían gastado casi nada. Mis piezas en madera rústica les ayudaban en esa misión.

21

Con el tiempo, mi devota clientela fue ampliándose a otras ciudades costeras y pueblos turísticos: Los Ángeles, Aspen, East Hampton, Park City, San Francisco.

Y gracias a eso conocí a Owen. Avett Thompson, director ejecutivo de la compañía tecnológica en la que Owen trabajaba, era cliente mío. De hecho, Avett y su mujer, la increíblemente guapa Belle, formaban parte de mi clientela más fiel.

A Belle le gustaba hacer bromas diciendo que era la mujer florero de Avett, lo cual habría tenido más gracia de no haber

sido cierto. Era una modelo retirada, diez años más joven que los hijos mayores de su marido, nacida y criada en Australia. Mis obras podían verse en cada habitación de su mansión de San Francisco (donde ambos residían), así como en su casa de campo de reciente construcción en Saint Helena, una pequeña población situada en el extremo más al norte del valle de Napa, adonde Belle solía ir sola.

Había visto a Avett solo un par de veces antes de que apareciera en mi taller acompañado de Owen. Estaban en Nueva York para una reunión de inversores, y Belle quería que pasaran a ver una mesa auxiliar con los bordes redondeados que me había encargado para su *suite* principal. Avett no estaba seguro de qué era lo que tenían que comprobar, algo acerca de si la mesa haría juego con el bastidor de la cama, que debería sostener su colchón de material ecológico de diez mil dólares.

22 A Avett no podía importarle menos, la verdad. Cuando entró con Owen, vestido con un traje de color azul vívido, el pelo canoso con aspecto crujiente y engominado, llevaba el móvil pegado a la oreja. Estaba en medio de una llamada. Echó un vistazo a la mesita auxiliar y cubrió con la mano brevemente el micrófono.

—A mí me parece bien —dijo—. ¿Ya hemos terminado?

Luego, antes de darme tiempo a responder, se dirigió al exterior.

Owen, por el contrario, estaba fascinado. Recorrió lentamente el taller en su totalidad, deteniéndose a estudiar cada una de mis obras.

Le observé mientras deambulaba por el taller. Era una imagen chocante: un tipo de piernas largas y pelo rubio desgredado, piel morena, calzado con unas zapatillas Converse desgastadas. El conjunto no parecía encajar con la elegante chaqueta deportiva. Era casi como si se hubiera caído desde una tabla de surf directamente dentro de la chaqueta, con la camisa almidonada debajo.

Me di cuenta de que le estaba mirando fijamente y empecé

a darme la vuelta justo cuando Owen se detuvo ante mi obra favorita: una mesa rústica que era mi escritorio.

Su superficie estaba casi completamente cubierta por mi ordenador, periódicos y pequeñas herramientas. Solo se podía adivinar la mesa bajo todo aquello si la mirabas de veras. Y él lo estaba haciendo. Contempló la rígida superficie de secuoya roja que yo había tallado, las esquinas levemente amarillentas, a las que había soldado metal sin pulir en cada arista.

¿Era Owen el primero en advertir la presencia de la mesa? No, claro que no. Pero sí fue el primero en inclinarse hacia ella, como yo misma suelo hacer, y recorrer con sus dedos el áspero metal, aferrando la mesa justo en ese punto.

Giró la cabeza y alzó la vista hacia mí.

—¡Ay! —dijo.

—Mejor no tropezar con ella en mitad de la noche —respondí.

Owen se irguió y le dio unos golpecitos a la mesa a modo de despedida. Luego empezó a caminar hacia mí. Se acercó tanto que llegamos a estar muy cerca, demasiado realmente como para que no me cuestionara cómo era posible aquella proximidad. Probablemente debería haberme sentido avergonzada por la camiseta de tirantes salpicada de pintura y mis pantalones vaqueros rotos, el moño desaliñado y los rizos de mis cabellos sucios que se habían soltado del recogido. Sin embargo, sentí otra cosa al ver cómo me miraba.

—Entonces —preguntó—, ¿cuánto pides?

—En realidad esa mesa es lo único de la sala que no está en venta —contesté.

—¿Porque podría ser potencialmente peligrosa? —insistió.

—Exactamente —concluí.

En ese momento sonrió. Cuando Owen sonreía era como el título de una canción mala de pop. Para que quede claro, no es que su sonrisa le iluminara el rostro. No era para nada sentimental o explosiva. Era más bien que su sonrisa (genero-

sa, infantil) le hacía parecer amable. Una forma de amabilidad que no estaba acostumbrada a encontrarme en Greene Street, en el centro de Manhattan. Era expansiva, en una forma que empezaba a dudar que pudiera existir en Greene Street, en el centro de Manhattan.

—¿Eso significa que su venta no es negociable? —prosiguió.

—Me temo que no, pero podría enseñarte otras piezas.

—¿Y si me dieras clases? Podrías enseñarme cómo hacer una mesa similar, aunque tal vez con aristas un poco más amables... —dijo—. Te firmaré un formulario de descargo. Asumiré el riesgo de cualquier posible herida.

Aunque seguía sonriéndole, me sentí confusa, porque de pronto me pareció, con bastante seguridad, que no estábamos hablando de la mesa. Me sentía todo lo segura que puede estarlo una mujer que en los últimos dos años había estado prometida a un hombre con el cual se había dado cuenta de que no podía casarse. Dos semanas antes de la boda.

24

—Mira, Ethan... —dije.

—Owen —me corrigió.

—Owen. Me halaga que me lo pidas —expliqué—, pero tengo algo así como una política de no salir con mis clientes.

—Entonces el hecho de que no pueda permitirme ninguna de las piezas que vendes resulta ser algo bueno —dijo.

Con todo, no intentó nada más. Se encogió de hombros, como si fuera a decir «en otra ocasión», y se dirigió hacia la puerta y hacia Avett, que iba de un lado a otro de la acera, todavía ocupado con la llamada de teléfono, gritando a la persona que estaba al otro extremo de la línea.

Ya casi había salido por la puerta. Casi se había marchado. Pero en ese instante (y con mucha intensidad) sentí la necesidad de alargar el brazo y evitar que se fuera, de decir que no había querido responder eso. Sino otra cosa. Que se quedara.

No digo que fuera amor a primera vista. Lo que quiero de-

cir es que una parte de mí quería hacer algo para evitar que se fuera. Quería estar cerca de esa amplia sonrisa un poco más.

—Espera —dije. Miré alrededor en busca de alguna excusa para retenerle, y mis ojos se posaron en una prenda textil que pertenecía a otro cliente, y que puse ante él—. Esto es para Belle.

No fue mi momento estelar. Y, como mi exprometido diría, no era algo típico de mí intentar llegar a alguien en lugar de alejarme.

—Me aseguraré de que llegue a sus manos —dijo.

Cogió la prenda y evitó mirarme a los ojos.

—Solo para que conste, yo también la tengo. La política de no tener citas. Soy un padre soltero, y eso va con el lote... —Hizo una pausa—. Pero mi hija es adicta al teatro. Y perdería muchos puntos si no voy a ver una obra mientras estoy en Nueva York.

Hizo señas hacia un enojado Avett, que seguía gritando en la acera.

—A Avett no le van precisamente las obras de teatro, por muy sorprendente que parezca...

25

—Mucho —admití.

—Bueno... ¿Qué me dices? ¿Quieres acompañarme?

No se acercó, pero sí alzó la vista. Alzó la mirada y sus ojos se encontraron con los míos.

—No hace falta considerarlo como una cita —dijo—. Será algo puntual. Podemos acordarlo de buen principio. Solo ir a cenar y a ver una obra de teatro. Y acabamos con un «encantado de conocerte».

—¿Debido a nuestra política sobre citas? —pregunté.

Su sonrisa regresó, abierta y generosa.

—Sí —dijo—. Debido a eso.

—¿A qué huele? —pregunta Bailey.

Mi ensoñación cesa al ver a Bailey de pie en la puerta de la cocina. Parece molesta, lleva un grueso jersey, una bolsa a

modo de bandolera, cuya cinta le pisa el cabello con mechadas de color violeta.

Le ofrezco una sonrisa, mientras sujeto el móvil con la barbilla. Estoy intentando hablar con Owen, sin éxito; vuelve a sonar el contestador automático. De nuevo. Una y otra vez.

—Lo siento, no te había visto —se disculpa.

No responde, aprieta los labios. Dejo a un lado el móvil e ignoro su permanente ceño fruncido. A pesar del cual es una belleza. Es bella en una forma que deja boquiabierto a la gente cuando entra en cualquier sitio, por lo menos eso es lo que he advertido. No se parece demasiado a Owen: su pelo púrpura es en realidad castaño, tiene los ojos oscuros y salvajes. Son intensos, esos ojos. Te atraen. Owen dice que son iguales que los del abuelo (el padre de su madre), razón por la que le pusieron ese nombre. Una chica llamada Bailey. Solo Bailey.

26 —¿Dónde está mi padre? —pregunta—. Se supone que me tiene que llevar al ensayo de teatro.

Mi cuerpo se tensa al acordarse de la nota de Owen en mi bolsillo, como una carga.

«Protégela.»

—Estoy segura de que está de camino —contesto—. Comamos algo.

—¿El olor viene de la comida? —pregunta.

Arruga la nariz, por si no ha quedado claro que ese olor al que se refiere no le gusta.

—Son los *linguine* que comiste en Poggio —respondo.

Me dedica una mirada inexpresiva, como si Poggio no fuera su restaurante local favorito, como si no hubiéramos cenado allí hacía apenas algunas semanas para celebrar su decimosexto cumpleaños. Bailey pidió el plato especial del día: *linguine* caseros multicereales en salsa de mantequilla marrón quemada. Y Owen le dio a probar un sorbito de su copa de vino malbec para acompañarlos. Creía que le encantaba la pasta. Pero quizá lo que le encantó fue beber vino con su padre.

Sirvo una ración inmensa en un plato y lo dispongo sobre la isla de la cocina.

—Prueba un poco —digo—. Te van a encantar.

Bailey me mira fijamente, intentando decidir si está de humor para un enfrentamiento; si está de humor para la decepción que tendrá su padre, en caso de que me chive de su rápida salida sin comer nada. Decide lo contrario, se traga su irritación y se sienta de un salto en el taburete.

—Vale —dice—. Comeré un poco.

Bailey casi empieza una discusión. Esa es la peor parte. No es mala niña, ni una amenaza. Es una buena chica en una situación que odia. Y resulta que yo soy esa situación.

Son obvias las razones por las que una adolescente podría demostrar aversión a la nueva mujer de su padre, especialmente Bailey, a la que le iba muy bien cuando estaban los dos solos: eran los mejores amigos, y Owen, su mayor fan. No obstante, eso no justifica del todo dicha aversión hacia mí. No es solo que calculara mal su edad cuando la conocí. A eso cabe añadir lo que pasó una tarde poco después de que me mudara a Sausalito. Se suponía que debía recogerla en la escuela, pero estaba en plena conversación telefónica con un cliente y llegué cinco minutos tarde. No diez minutos. Cinco. 17.05. Eso es lo que ponía en el reloj cuando aparqué delante de la casa de su amiga. Pero hubiera dado igual que fuera una hora. Bailey es una chica exigente. Owen diría que es una cualidad que tenemos en común: tanto su hija como su mujer pueden descifrarlo todo acerca de alguien en cinco minutos. No hace falta más. Y en los cinco minutos que tardó Bailey en tomar una decisión sobre mí, yo estaba en una llamada que no debía haber respondido.

Bailey hace girar la pasta en el tenedor, analizándola.

—Parecen diferentes a los de Poggio.

—Pues no lo son. Convencí al segundo chef de que me diera la receta. Incluso me envió al mercado del edificio del ferri a recoger el pan de ajo que sirven con esa pasta.

—¿Te fuiste a San Francisco para comprar una barra de pan? —me pregunta.

Puede ser que me esfuerce demasiado con ella. Eso también.

Se inclina hacia la mesa e introduce toda la pasta del tenedor en la boca. Me muerdo el labio, anticipando su aprobación: un breve «¡mmm!» que se escapa de sus labios, muy a su pesar.

Y entonces se atraganta. No finge, busca un vaso de agua.

—¿Qué le has echado a esto? —pregunta—. Sabe como... carbón.

—Pero si lo probé antes —digo—. Es perfecto.

Pruebo un poco. Tiene razón. En la confusión provocada por la visita de doce años y la nota de Owen, la suntuosidad espumosa, levemente malteada, de mi salsa de mantequilla quemada se ha transformado, y ahora está quemada de veras. Y está amarga. No tiene un sabor demasiado distinto al de una hoguera.

28

—De todos modos tengo que irme —dice—. Sobre todo si quiero que Suz me lleve.

Bailey se pone en pie. Y yo me imagino a Owen de pie tras de mí, inclinándose para susurrarme al oído: «Espera». Eso es lo que me dice cuando Bailey tiene una actitud desdeñosa conmigo. «Espera.» Lo que significa que algún día entrará en razón. También significa que en dos breves años y medio se irá a la universidad. Pero Owen no entiende que eso no me consuele. Para mí eso solo significa que se me acaba el tiempo para conseguir que ella quiera acercarse a mí.

Y, en efecto, eso es lo que quiero. Quiero que tengamos una relación, no solo por Owen. Hay algo más que eso: algo que me atrae hacia Bailey, aunque ella me rechace. Se trata en parte de que reconozco en ella eso que sucede cuando una pierde a su madre. Mi madre eligió irse, en el caso de Bailey fue una tragedia, pero sea como sea la impronta que queda es similar en quien lo sufre. Le deja a una en el mismo sitio ex-

traño, intentando dilucidar cómo abordar el mundo sin que te observe la persona más importante.

—Iré andando a casa de Suz —dice—. Ella me llevará.

Suz, su amiga Suz, que también actúa en la obra. Suz, que también vive en el muelle. Suz es segura, ¿no?

«Protégela.»

—Déjame llevarte —le pido.

—No. —Se ordena las mechas de color violeta detrás de las orejas y rebaja el tono—. No pasa nada. Suz tiene que ir igualmente...

—Si tu padre todavía no ha vuelto —comento—, iré a buscarte. Uno de los dos estará esperándote frente a la salida.

Me atraviesa con la mirada.

—¿Por qué no debería estar de vuelta? —dice.

—Sí que estará. Estoy segura. Solo quería decir... que si voy yo a buscarte, te dejaré llevar el coche hasta casa.

Bailey acaba de conseguir el permiso de conducir como principiante. Durante un año debe conducir acompañada de un adulto, hasta que pueda hacerlo sola. Y a Owen no le gusta que conduzca de noche, aunque vaya conmigo, y yo intento aprovechar la oportunidad.

—Vale —dice Bailey—. Gracias.

Se dirige a la puerta. Desea abandonar la conversación y salir al aire fresco de Sausalito. Diría lo que fuera para poder irse, pero yo me lo tomo como una cita.

—Entonces, ¿nos vemos dentro de un par de horas?

—Hasta luego —dice simplemente.

Y me siento feliz, aunque solo sea por un momento. Luego oigo cerrarse con un golpe la puerta de la entrada. Y vuelvo a estar sola con la nota de Owen, el inimitable silencio de la cocina, y la suficiente cantidad de pasta quemada como para alimentar a una familia de diez personas.

Continúa tu lectura,
escanea o dale
clic al código



penguinlibros.com

